

## El pecio de Escombreras.

En los fondos de la isla de Escombreras, las bocas de cientos de ánforas parecen abrirse para contarnos historias de navegaciones que nunca hallaron el camino de regreso.

Estos naufragios y sus restos le hablan a quien quiera escuchar. Así dan cuenta de la importancia comercial que tuvo la ciudad de Cartagena.

Y sin embargo, su elocuencia requiere de oídos expertos y entrenados en la interpretación de la lengua de la historia. Una lengua cuyo abecedario son cuerdas y etiquetas; cuadrículas que acotan y sitúan los hallazgos; notas que documentan detalles imperceptibles, excepto para los ojos agudos de los arqueólogos submarinos, que saben que en la excavación puede perderse información valiosa si no se trabaja con maestría y precisión.

Los peces curiosos se acercan a la maraña, como si quisieran jugar a la comba, o quizá vean amenazados su casa y su campo de juegos. Cuando no sabes contar años, no hay diferencia entre un ánfora romana y una piedra cualquiera.

Pero la mente humana valora los objetos de otra manera, a menudo por el tiempo que ha pasado desde que se hundió en el mar. Y aquí hay una buena prueba: una superficie de 28 por 26 metros, en la punta noreste de la isla. Se trata de dos áreas de excavación de unos ciento cuarenta metros cuadrados que componen el santuario de Escombreras. En estos yacimientos se han hallado más de treinta mil piezas que se adjudican a seis hundimientos.

La vida de unas manos lejanas crearon estas ánforas, que ahora albergan y cobijan otras vidas. Epífitos sobre la historia. Minerales que estuvieron vivos para el vino en la bahía de Nápoles, lucernas y lingotes de Carthago Nova, ánforas que guardaron salazones y aceite, vajillas de la Bética y norteafricanas, cerámicas fenicias,... del 150 o del último cuarto del siglo primero antes de Cristo, de la segunda mitad del siglo V o la primera del VI. Y una vajilla almohade que, como sus soberanos, buscaba, entre siglos XII y XIII, la unidad en al-Ándalus y se convirtió en piezas partidas y desgajadas de su esencia, muertas y enterradas en un lugar que no les correspondía.

Ahora, la ciencia y el empeño en saber, hacen que las ánforas, los platos y las vasijas salgan de su cementerio y nos cuenten sus historias, la de personas cuya común condición fue pasar por esta zona de la península Ibérica en épocas de gran prosperidad.

Confinadas en el Museo Nacional de Arqueología Subacuática, estas piezas de Escombreras, su recuerdo y su historia, siguen dotando a Cartagena de una incommensurable riqueza.